

## **PADRES: DE MONSTRUOS Y BRUJOS, A SUJETOS**

**Valentina Sol Kirigin\***

### **Resumen**

El trabajo pretende realizar un recorrido de la experiencia clínica del trabajo con padres en el psicoanálisis de niños, desde el lugar del analista. A través de algunas viñetas clínicas se muestra que en los inicios del ejercicio del rol, el analista suele identificarse con el sufrimiento del niño y suele quedar atrapado en la mirada infantil que éste tiene de sus padres, como un “monstruo” o un “brujo malo”, culpabilizándolos o juzgándolos muchas veces desde ese lugar infantil que se presentan los personajes de los cuentos.

Comprender que los padres no son personajes de fantasía, sino sujetos reales, sujetos del inconsciente, adultos con una historia y con infancias muchas veces carenciadas que retornan en los vínculos con sus hijos, es un trabajo que los psicoanalistas deben realizar para poder ayudar a los padres a desanudar los conflictos con sus hijos, y que involucra el análisis personal.

**Palabras clave:** padres; trabajo con padres en el psicoanálisis de niños; psicoanálisis de niños; análisis personal.

### **PARENTS: DES MONSTRES ET DES SORCIERS, AUX SUJETS**

#### **Résumé**

Le travail depuis l'analyste, vise à faire un parcours de l'expérience clinique avec des parents dans la psychanalyse des enfants. Au moyen des quelques vignettes cliniques, on constate qu'au début de l'exercice du rôle, l'analyste s'identifie généralement avec la souffrance de l'enfant et il est frappé du regard enfantin que celui-ci a de ses parents comme un « monstre » ou « un

---

\* Licenciada en Psicología, egresada de la Universidad Nacional de Córdoba en el 2010. Psicóloga del Gabinete Psicopedagógico del Colegio Nacional de Monserrat (UNC), Córdoba, y del Equipo de Orientación del Colegio Ramón A. Cereijo (UBA), Escobar. Miembro de la Asociación Civil Construyendo Redes. Desempeñó prácticas profesionales de atención psicológica dentro de dicha Asociación en convenio con la Secretaría de Niñez, Adolescencia y Familia (SeNAF), Córdoba, desde el 2010 al 2017. Trabajó en equipos externos de acompañamiento a escuelas secundarias, para el Ministerio de Educación, desde el 2011 al 2015. Ejerce como psicóloga clínica en el ámbito privado. E-mail: [valenkirigin@hotmail.com](mailto:valenkirigin@hotmail.com)

mauvais sorcier » en les culpabilisant ou en les jugeant plusieurs fois depuis la place des enfants où les personnages des contes apparaissent.

Comprendre que les parents ne sont pas des personnages fantastiques mais des sujets réels, des sujets de l'inconscient, des adultes ayant une histoire et des enfances, dans plusieurs cas, défavorisées, qui retournent dans les liens avec leurs enfants, c'est un travail que les psychanalystes doivent faire afin d'aider les parents à dénouer les conflits avec leurs enfants, tâche qui implique une analyse personnelle.

**Mots-clés:** parents; travail avec des parents dans la psychanalyse des enfants; psychanalyse des enfants; analyse personnelle.

## **PARENTS FROM MONSTERS AND WIZARDS TO SUBJECTS**

### **Abstract**

The work pretends to do a journey through the clinic work of parents in the psycho analysis of children from the analyst's point of view. Through some clinic cartoons it is shown that at the beginning of the role play the analyst identifies with the child suffering and stays caught in the child's look of his parents like a monster or a bad wizard, blaming them or judging them many time from the child's point of view that is presented in the characters of children stories.

Understanding that parents are not fantasy characters but real people, unconscious subjects with a history and sometimes poor childhoods that recover links with their children, is a job that psychoanalysts have to do to help parents untie the conflicts with their children and that involves personal analysis.

**Key-words:** parents; parents work in the psychoanalysis of children; children psychoanalysis; personal analysis.

## **PAIS: DE MONSTROS E BRUXOS, A SUJEITOS**

### **Resumo**

O artigo pretende realizar um percurso da experiência clínica do trabalho com pais na psicanálise de crianças, desde o lugar do analista. Através de algumas vinhetas clínicas se mostra que nos inícios do exercício do papel, o analista costuma não só identificar-se com o sofrimento da criança, mas também ficar armadilhado pelo olhar infantil que ela tem de seus pais, como um “monstro” ou um “bruxo mau”, culpando-os ou julgando-os muitas vezes desse lugar infantil onde se apresentam os personagens de contos.

“La clínica psicoanalítica con niños, niñas y adolescentes en tiempos de pandemia”. Vol. 22, N°1. 2021

Comprender que os pais não são personagens de fantasia, senão sujeitos reais, sujeitos do inconsciente, adultos com uma história e com infâncias muitas vezes carentes voltadas para os vínculos com seus filhos, é um trabalho que os psicanalistas devem realizar para poder ajudar os pais a desanuiar os conflitos com seus filhos, e que envolve a análise pessoal.

**Palavras-chave:** pais; trabalho com pais na psicanálise de crianças; psicanálise de crianças; análise pessoal.

*“Son los padres los que forman el núcleo del medio social real en el que el niño vive y crece. Es pues con ellos, con sus lazos carnales de deseo, claros o confusos, con sus dificultades, sus impotencias, sus logros y sus fracasos, con los que el niño en el momento de la fase llamada edípica, deberá librar su sexualidad de las trampas del incesto” (Dolto, F., 1984, p. 14).*

Las preguntas que muchas veces nos formulamos en los comienzos, y no tanto, son: ¿son los padres aliados en el psicoanálisis de un niño o son enemigos que conviene apartar?, ¿si son aliados, cómo incluirlos en el tratamiento del niño?, ¿les damos indicaciones de cómo criar a sus hijos, porque suponemos que están fallando en su función, o nos sumergimos en algunos sufrimientos de su historia personal que se están transfiriendo en el niño y que están obstaculizando el vínculo con ellos, o algunos de sus crecimientos? Realizaré algunas articulaciones teórico- clínicas, con algunas viñetas de los comienzos de mi trabajo como analista de niños, que me ayudaron a ir acercándome a estos interrogantes, con desaciertos y muchos aprendizajes.

Desde el comienzo realicé entrevistas con los padres cuando me consultaban por un niño, para poder escuchar su demanda, los modos de vincularse familiarmente, el lugar que ocupa el niño en el inconsciente de los padres, la historia del niño, como lo plantea el psicoanálisis clásico. Sin embargo, en los inicios de mi práctica profesional, mi tendencia era identificarme mayormente con el sufrimiento del niño por el que venían a consultar, descuidando muchas veces el propio sufrimiento de los padres, y los avatares de las historias familiares que se interjuegan en la formación de síntomas y en los trastornos de los niños. Pensar a los padres como sujetos del inconsciente, con historias personales y

con infancias muchas veces carenciadas que retornan al ser padres y se juegan en los vínculos con sus hijos, fue algo que fui aprendiendo a lo largo de mi experiencia profesional, proceso que incluyó estudio teórico, supervisiones y análisis personal. Así, fui aprendiendo como refiere Janin (2013), que a los padres tenemos que escucharlos psicoanalíticamente porque no funcionan a pura consciencia, y que la historia de ese niño no es una simple acumulación de hechos o datos a recabar.

Si consideramos que la consulta por un hijo implica generalmente una herida narcisista que genera dolor y desilusiones (Janin, 2013), podemos comprender que son muchos los que están sufriendo en esa primera consulta.

Recuerdo en los comienzos de mi ejercicio profesional sentir enojo hacia los padres que me consultaban, por las "barbaridades" que expresaban en las primeras consultas, por ejemplo, que sus hijos dormían en la cama de los padres, o modos de dirigirse a sus hijos; mirándolos como si fueran personajes monstruosos, o las brujas malas de los cuentos, que quieren dañar a sus hijos. La trama fantásica se completaba con el personaje analista superhéroe o el príncipe que tenía que salvar a esos niños pobres y sufridos que traían a consulta. Este lugar tentaba a querer intervenir en la primera entrevista con indicaciones a los padres, no era fácil renunciar al papel de consejero, juez o hada madrina, que tiene la poción mágica de hacer cambios inmediatos y milagrosos.

Después de unos años de recorrido, aprendizajes y crecimientos en el psicoanálisis de niños, es posible salir de esas miradas y lugares, y pensar esos primeros tiempos de ejercicio profesional como tiempos de inseguridades, de miedos, de prejuicios y de falta de experiencia. Esos lugares me llevaron a actuar de manera defensiva muchas veces, y otras, naturalizando algunas realidades que se presentaban con los niños. De cualquier manera, comprender y alojar el sufrimiento de los padres en el tratamiento de niños fue costoso y hoy puedo recordar algunos tratamientos que fueron interrumpidos por los padres, por mis

inseguridades, miedos, dificultades de esperar, escuchar, y sostener todas las transferencias en juego.

Una madre que me consulta por su hijo, porque es "*mandado por la escuela a hacer terapia por mala conducta*", refiere que ella no ve "*nada raro*" en el niño. Interrumpe el tratamiento al cabo de un tiempo debido a que en la escuela le dijeron que "*no había avances*". Mi dificultad en armar redes transferenciales con la escuela, en alojar y trabajar con esa mamá para construir su propia demanda en relación con el sufrimiento de su hijo, hicieron que el tratamiento se interrumpiera. Otras veces los tratamientos se interrumpían ni bien comenzaba a ceder el síntoma del niño, pero sabiendo que paralelamente no había habido movimientos en los padres. Las razones de los padres eran: "*ya está bárbaro, no necesita venir más*". Una madre a la que derivé apresuradamente a tratamiento psicológico por la proyección masiva que realizaba sobre su hija de sus aspectos internos persecutorios, también interrumpió el tratamiento de su hija, tras esa indicación. Desencuentros que me llevaban a los espacios de supervisión, y a mi análisis personal, para poder pensarlos y pensarme en ellos. Ni desencantamientos, ni hechizos rotos, las interrupciones de los tratamientos tenían razones basadas en los fundamentos del psicoanálisis, de lo que actúa el analista de su propia subjetividad en ese caso, en ese momento, hacia esas transferencias de los padres, los niños, las escuelas, los maestros. Mi enfoque estaba centrado en el trabajo con el niño, en la mirada de su sufrimiento y cómo ayudarlo a enfrentarlo, y en eso, me perdía la complejidad de las transferencias en juego, y los sufrimientos de los padres. Mannoni (1967) expresa:

"[...] En el análisis de niños tenemos que vérnosla con muchas transferencias (la del analista, la de los padres y la del niño). [...] El niño enfermo forma parte de un malestar colectivo, su enfermedad es el soporte de una angustia parental. Si se toca el síntoma del niño se corre el riesgo de poner brutalmente en descubierto aquello que en tal síntoma servía para alimentar [...] la ansiedad del adulto. [...] Toda demanda de cura del niño [...] cuestiona a los padres, y es raro que un análisis de niños

pueda ser conducido sin tocar para nada los problemas fundamentales de uno y otro de los padres" (pp. 73, 74).

Varias consultas por niños o púberes cuyos padres manifiestan conductas dependientes de sus hijos hacia ellos, dificultad de quedarse solos o compartir con otros niños, llevan consigo la dificultad de los padres de "soltarlos", de aceptar su crecimiento, por la propia historia y conflictos de esos padres con sus propios padres, que han dejado marcas y que hoy se juegan en la relación con estos hijos. Muchos padres con fallas narcisistas sienten los enojos de sus hijos o las diferencias de pensamientos como ataques hacia ellos, amenazas hacia su persona. Para que los niños puedan crecer y encontrar un lugar propio, es necesario que los padres permitan ese despliegue, esa separación. Si crecer/cambiar implica una amenaza muy grande para los padres, el niño se retrae al crecimiento, por temor a dañar a ese padre. Los papás de un púber consultan porque *"es un chico retraído, no se integra con sus compañeros, está muy encima de nosotros, busca que lo tratemos como un bebé, que le hagamos todo, necesita crecer, tener más seguridad"*, refieren. Estos mismos padres también tratan a este púber como un bebé, le permiten que duerma en la cama de ellos, *"le damos con todos los gustos porque si no dice que no lo queremos"*, mostrando ellos sus propias inseguridades. Si los cambios de su hijo amenazan a ellos en exceso, porque los deja desprovistos del soporte que sostiene el síntoma, los padres no permitirán el progreso de la cura, y cualquier cambio que se produzca en el hijo, sin que implique movimientos en los padres, tenderá a los mismos a interrumpir el tratamiento, como sucedió en este caso, y al niño a vivir estos crecimientos como catastróficos para sus padres, congelando así su posición sintomática (Sigal de Rosenberg, 1995).

### **Había una vez...**

Había una vez un niño llamado Lucas, de siete años. Era hijo único de padres que se separaron a sus tres años. La madre consulta porque dice que es un niño *"introvertido, tímido, retraído"*, *"en la escuela tiene muchos miedos, no salía al recreo el año pasado, no me dejaba irme hasta que llegaba la maestra, lloraba"*,

*"no se queda solo en ningún lado, va conmigo a todos lados o con el padre", "no quiere ir a los cumpleaños", "duerme en la cama con cada uno de nosotros".* La madre refiere que él dice que *"tiene miedo a que no lo vuelvan a buscar, a que lo dejen"*. Ambos padres relatan que cuando aparecía la amenaza de separación con alguno de los padres, Lucas reaccionaba agresivamente, como aterrorizado, y con mucha angustia. Los padres cuentan que Lucas les pregunta: *"¿vos no te vas a morir nunca papá, no?, ¿vos te vas a morir de viejita mamá?"* y ante un juego donde había amenazas de muerte, él se angustiaba mucho, como si el juego fuese la realidad. Trabajé en un principio con la madre por un lado, con entrevistas individuales, y paralelamente, sesiones con Lucas. La madre manifestaba que su hijo la *"asfixiaba"*, sentía un rechazo por este niño, al mismo tiempo que comprendía su sufrimiento y le daba culpa, pero yo percibía que esta ambivalencia la tenía atrapada en algo de su propia historia. Al decir de Mannoni (1965), *"cuando los padres consultan por su hijo [...], el analista debe esclarecer el sentido de su sufrimiento o de su trastorno en la historia misma de los dos padres"* (p. 128). La madre cuenta que ella no quería tener un hijo en el momento que quedó embarazada, la relación de pareja no estaba bien, reconoce que no se consideraba madura para ser mamá y que no fue una madre contenedora, que cuando la pareja se separó, ella comenzó a salir y dejó a Lucas de lado, *"siempre me sentí sola, siento que él está conmigo, que es una parte de mí"*, expresa con mucha angustia y culpa. *"A mí me superan sus miedos, ¿no ves que no pasa nada?, le digo a él. Siento que no le tolero nada a veces"*, dice. Al mismo tiempo desde que los padres dejan de convivir definitivamente, el hijo pasa a ocupar el lugar de compañero de estos padres, ya que duerme con cada uno de ellos, *"cuando estábamos juntos dormía solo, cuando nos separamos lo acostumbramos a dormir con nosotros"*, alude el papá. Dolto (en Mannoni, 1965) refiere que *"toda situación en la que el niño sirve de prótesis a uno de sus padres, ese compañerismo es patógeno"* (p. 22). Lucas pasó a ser sostén de los padres ante la separación de la pareja, principalmente de una mamá que se sentía sola, abandonada y sin un proyecto de vida personal. Este lugar de "adulto" se corroboraba cuando los padres lo nombraban como *"el tipo hace tal cosa"*, *"es muy maduro Lucas, piensa como grande"*. Había que trabajar con esos padres

para que pudieran ver el nivel de sufrimiento que le ocasionaba al niño estar en ese lugar, que "madurez" no era más que el título de la portada que delataba un interior subtítulo "inseguridades y miedos". Había que trabajar para que cada uno recuperase su función. Para ello, era necesario traer a esos niños que fueron esos padres, sus miedos, sus inseguridades, sus historias, para poder comprender el síntoma del niño y luego que puedan mirar a su hijo desde un lugar de otro diferenciado. La madre se desbordaba con los miedos de su hijo, no podía tolerarlos, y en transferencia había que sostener esos desbordes, alojar la ambivalencia que sentía hacia su hijo, comprenderla y acompañarla a destrabar lo trabado en el vínculo con el niño. Por otro lado, sentía que Lucas la rechazaba, que no la quería, porque pedía ir a la casa del padre siempre: *"no quería quedarse en mi casa, no me extrañaba. Con el papá tiene más cosas materiales, tiene familia. Me siento menos para ofrecerle"*. Mamá con una historia de vida atravesada por abandonos y muerte reales que se reactualizaban con los "rechazos" del niño, ¿a qué "adulto" miraba esa mamá cuando miraba a Lucas?, ¿a qué "adulto" se dirigía cuando le hablaba a Lucas? *"Siempre tengo miedos a que me dejen sola, sueño que me van a raptar, que me pierdo, que me están por matar, soy miedosa"*, revela en transferencia. La madre de esta mujer falleció cuando ella tenía diez años y el padre la dejó en un hogar de niños debido a que no la podía cuidar. Esta historia está tan presente en los miedos y pesadillas de la madre, como en el niño mismo cuando dice que tiene miedo a que no lo vayan a buscar, que lo dejen, que se mueran los padres; amenazas de abandono, y de muerte. Paralelamente al trabajo con el niño, trabajé con la madre para que pudiera sentir que también me ocupaba de ella, no como madre mala que rechazaba a su hijo, sino como ser sufriente, como niña desamparada, abandonada, ya que al mismo tiempo no tenía trabajo y sentía que no podía "dar" al niño nada de ella, ni familia, ni cosas materiales. Lo opaco de su historia de abandonos, muerte y culpas, le nublabla el vínculo con su hijo como madre. En este sentido el trabajo con la madre fue ayudarla a recuperar su propia historia, separar, contener, armar redes (Janin, 2005).

Fue a partir de la transferencia, que ella pudo seguir buceando en su propia historia, allí conmigo, y recuperar algo de la nitidez para vincularse con Lucas desde otro lugar. Cuando Lucas se enojaba con ella, ella lo sentía como un ataque narcisista, su hijo era su prótesis, una parte de ella, y cualquier confrontación de su hijo era una amenaza para ella. Le decía: *"a mí se me murió mi mamá y vos no la sabes aprovechar"*. Pasado unos meses de trabajo, en una entrevista muy angustiada relata que ella cuando se peleaba con su madre, ésta le decía *"a mí me puede pasar cualquier cosa y vos no me ves más"*, amenaza que se hizo realidad cuando la madre falleció de una enfermedad, y que congeló en esa niña culpas, inseguridades, angustias y miedos. La madre confiesa en medio de la angustia, que ella también le dice esas palabras a su hijo cuando se enoja. Recobrar la nitidez de lo vivido, que se repetía en los síntomas de su hijo, permitió destrabar algo de este vínculo madre- hijo, y que generó varios movimientos posteriores al servicio de la creatividad y espontaneidad del niño. El niño juega con personajes huérfanos, que luego son adoptados, juega con ladrones y con situaciones de robos, muertes y menciona que *"los padres pueden desaparecer"*. Lucas vivía en alerta permanente, la historia de su mamá estaba tan presente en su psiquismo que separarse de los padres era realmente peligroso y podía ser catastrófico. Poder hablar de este sufrimiento culposo que la tenía atrapada en su vínculo con su hijo, separar su historia de la del niño, la alivió, le permitió hablar con su hijo y contarle algunas cosas de su historia, lo llevó a conocer la familia que la había adoptado en su adolescencia. Pudo comenzar a conectarse con su hijo de una manera más afectiva, con un rol de adulto, no tan ambivalente, menos insegura, y el niño también relacionarse con su mamá desde el lugar de hijo, tomando lo que su mamá podía "darle" en términos afectivos: *"ya no siento culpa de retarlo y marcarle los límites, podemos compartir muchas cosas juntos y a mí me gusta hacer cosas con él"*. *"Es otro niño, saluda, habla con los otros, se queda en la escuela, se integra, está re sociable"*... ¿Es otro niño o es su hijo que ahora lo puede mirar con nitidez? Los movimientos, cambios, aperturas y despliegues, lejos de ser conjuros, hechizos de magia o superpoderes de algún superhéroe, son consecuencia de un trabajo psicoanalítico tanto con padres, en este caso la madre, y con el niño; un trabajo

que implica incluir la transferencia de los padres en el tratamiento del niño, incluirlos como sujetos del inconsciente, con su historia y sus atravesamientos subjetivos. En este sentido, Ortigues y Ortigues (1984), mencionan que "la atención prestada a las palabras, los sufrimientos, los límites de los padres o de otros miembros de la familia, crea la situación más favorable para una movilización de las posiciones de unos y otros. En la medida que se efectúa una cierta movilización se comprueba que muchos síntomas reactivos ceden o se atenúan" (p. 93).

Hay una cuestión que quisiera puntualizar, y que también fue un aprendizaje a lo largo de este *tiempo* de ejercicio profesional, y es en relación al *tiempo* que implica el trabajo con las múltiples transferencias de padres y niños. Tiempos de instalar una demanda, tiempos de despliegue de esa demanda, tiempos de intervención hacia los padres, tiempos de intervención hacia el niño, tiempos de espera, tiempos de sostén, tiempos de silencio. Este "*timing*" del que hablan algunos autores, que no se puede generalizar porque es singular para cada paciente, para cada momento, para cada uno de los que transfieren, es algo que se va aprendiendo con la experiencia, con la formación, las supervisiones y el análisis personal. A medida que el analista va logrando ciertas nitideces propias, va pudiendo mirar el sufrimiento del otro como otro, y, la opacidad de su propia historia, sus inseguridades, sufrimientos, prejuicios y miedos, también pueden separarse de la de los consultantes. Además de poder mirar, es necesario saber esperar, sostener, y en esa espera sostenida muchas veces suceden cambios que de querer forzarlos de manera apresurada, con indicaciones, apreciaciones, intervenciones o derivaciones, hubieran llevado a las interrupciones antes mencionadas. "Abrir el tiempo es abrir el tiempo de los recuerdos, de las asociaciones, de las movilizaciones y reestructuraciones" (Ortigues y Ortigues, 1984, p. 26). Es más conveniente tener menos prisa, refiere Mannoni (1965), esperar a que el sujeto se vuelva a ubicar en su propia historia, antes que inducirlo autoritariamente. La madre de Lucas pudo ir tolerando los cambios sucedidos por su hijo en la medida que ella también pudo realizar algunas separaciones en relación a lo que sostenía el síntoma en su hijo, a partir de

sentirse sostenida por la analista y empezar a sostener deseos propios, un trabajo, una nueva pareja. "Si el analista puede registrar y soportar el sufrimiento en juego en el discurso de los padres, construirá una vía para que ellos registren y soporten el sufrimiento del niño" (Janin, 2005, p. 28). Ni brujos, ni monstruos, ni lobos feroces, ni ogros, ni villanos, los padres son sujetos del inconsciente, sufrientes como los propios niños que nos traen a consulta, y a los que tenemos que alojar para ayudar a destrabar los síntomas de los niños.

### **Érase una vez...**

Érase una vez un niño de 6 años llamado Juan, que comenzaba primer grado y lloraba cada vez que su mamá lo dejaba en la escuela. El llanto le duraba toda la jornada escolar, no pudiendo conectarse con ninguna actividad propuesta por la maestra, y decía que extrañaba mucho a su mamá, según refiere la madre en las primeras entrevistas. Los padres de Juan se separaron unos meses antes que el niño ingresara a primer grado, y según la madre desde allí el niño está encima de ella todo el tiempo. Ella misma cuenta que *"el papá de Juan no quería tener hijos y cuando nos juntamos no teníamos nada fijo, quedé embarazada. El padre se iba a jugar al fútbol, volvía pasado de alcohol, siempre tuvo brotes de locura por el trabajo y yo me aboqué mucho a Juan. Yo decidí separarnos y el día que se fue tuvo una crisis de nervios, rompió cosas, juguetes de él, se tomó mis pastillas, lo denuncié, Juan lloraba, preguntaba por qué su papá hacía eso"*.

La mamá de Juan se presenta muy angustiada por la separación, refiere que ella es muy miedosa y que tiene miedo de llevarlo a Juan con su papá, como tenía miedo cuando lo dejaba en el jardín, que le pegaran, que lo tocaran. *"Tengo miedo a que esté deprimido... yo me deprimía y dormía cuando era chica"*, dice la mujer. ¿Quién estaba deprimido/a?

Por su parte, el niño refiere: *"me pone triste extrañarla a mi mami, no tengo ganas de copiar. Pienso estar con mi mami siempre"*. Habla de sus mascotas que se murieron, de una que encontró abandonada. Cuando se le cae algo o algo no le sale dice, *"culpame a mí, es mi culpa, yo soy el tonto que lo hice mal"*. Era un

niño socialmente pasivo, no interactuaba con sus pares, si jugaba a la pelota tenía miedo que le pegaran, era muy sensible y prefería quedarse solo en la escuela. Desde la separación de los padres Juan se levantaba llorando porque soñaba que su mamá lo dejaba solo, y le decía *"mami no me dejes"*. Desde allí, el niño duerme con su mamá en la cama de ella. ¿A qué responden los miedos del niño, la angustia y la dificultad de conectarse con lo escolar?, ¿de qué tenían que culparlo a él? Algo de la separación violenta de sus padres recientemente lo tenía atrapado a él, con angustias y miedos. La mamá de Juan parecía una mujer depresiva, siempre estaba cansada y no tenía un proyecto personal. Atravesada por una historia familiar de violencia y mentiras, cuenta que ella se fue de la casa de sus padres porque su papá tomaba alcohol, y su mamá le confesó que ella no era hija de su padre. Lo había denunciado muchas veces a su papá por violencia hacia su mamá, y a veces terminaba ella durmiendo en la calle. Con su ex pareja, el padre de Juan, también había episodios de violencia y celos de las familias de cada uno. Desde que se separaron, el padre amenazaba a la madre con sacarle la casa y con matar a su nueva pareja, el trato entre ellos era violento y los dichos de un padre hacia Juan sobre el otro padre también lo dejaban al niño con una carga excesiva que le impedía pensar, aprender, desear. Cuando el padre se enoja con la madre no quiere ver a Juan, lo manda de vuelta a la casa de su mamá, después pide ver a su hijo, y volver con su mujer, y así sucede un círculo donde el niño está enredado sin ser mirado, sin un lugar, un pensamiento y un sentir propio.

El padre de Juan refiere que su hijo no tiene violencia, es muy bueno, siempre fue sobreprotegido por su mamá. *"Cuando yo lo retaba, ella me decía no lo retes así, termino siendo el malo de la película, él me gana. Siempre hubo desacuerdos entre nosotros dos, ella es conflictiva"*. Y en relación a lo que le pasa a Juan con la escuela dice: *"yo en la escuela era un desastre para leer y escribir, siempre era último, me llevaba todas las materias. Lo veo a él en mí"*. Si Juan era como su papá en lo escolar, y como su mamá que se deprimía, ¿qué lugar había para el ser de ese niño diferente de sus padres? La instalación de la transferencia con la madre permitió, como refiere Dolto (1984), comenzar un

trabajo de renarcisización con esta mamá que estaba angustiada, deprimida, y que se apoyaba emocionalmente en su hijo, por la separación actual y por lo pesado de su historia. Con Juan, la transferencia permitió abrir un espacio para el despliegue de su subjetividad, su emocionalidad, construir pensamientos propios, separados de los de sus padres, y un lugar de sostén ante su decaimiento. En casi todas las sesiones estaba presente su cansancio, interrumpía los juegos tirándose al sillón diciendo que estaba muy cansado, y que eso le pasaba también en la escuela. Con la escuela, la transferencia permitió acompañar a la maestra, y sostener la espera por el aprendizaje de Juan. Con el padre el trabajo para fortalecer el vínculo con su hijo y a la vez, separarlo de su historia, fue más difícil, ya que en los comienzos amenazaba con irse a vivir a otra ciudad, *"para dejarlos a los dos tranquilos"*. Refería que no creía en los psicólogos y después de las primeras entrevistas que asistió, no atendía mis llamados, manifestándole a la madre de Juan que no quería ir más a las entrevistas conmigo.

El trabajo con la mamá de Juan apuntó a separar historias pegadas, y a hacer de sostén con esa mamá que se había aferrado a su hijo, y si no lo tenía, sentía que no tenía nada. Había sesiones que no llevaba a Juan y yo la llamaba y me decía que se había olvidado, por momentos perdía la noción del tiempo, me decía que no se acordaba de los días de la semana. Se percibía que ella también se desmoronaba. Poco a poco, a partir de ese espacio transicional que se teje en la transferencia, comenzó a vincularse nuevamente con su familia de origen, y Juan a quedarse en la escuela sin llorar. Comenzó a permitir que Juan fuera a la casa de su papá y de su familia paterna, abriendo otros espacios saludables para ella y para el niño. Al segundo año de tratamiento, después de haberle brindado al niño un espacio de espera para lo escolar, y un espacio para alojar su emocionalidad, Juan pudo recuperar su energía para aprender, y era un niño muy curioso y activo intelectualmente. El trabajo de sostén con la madre permitió que ella buscara espacios y sostenes propios. Comenzó a estudiar una carrera universitaria, que culminó con buenos logros y comenzó a relacionarse con Juan desde otro lugar. Sin embargo, la conflictiva de la pareja de padres persistía, con

amenazas de parte del padre hacia la madre, y el consecuente debilitamiento emocional de la mamá de Juan que se refugiaba nuevamente en su hijo. En este caso si bien el trabajo con la madre permitió aperturas y separaciones con su hijo, el trabajo con el padre fue dificultoso y el peso de la conflictiva de la pareja, recaía muchas veces sobre el niño. Después de unos años de tratamiento, cada tanto la madre de Juan también se ausentaba a las entrevistas conmigo, tomando distancia, sin embargo llevaba a Juan a sus sesiones, y era él el que se acordaba el día de su sesión y lo esperaba ansiosamente, siempre con material para trabajar. Cuando el niño jugaba a que un elefante tenía que cargar con muchas cosas en su espalda, era necesario apuntar a un trabajo con el niño para ayudarlo a reconocer que muchas veces sentía que tenía que cargar con los conflictos de otros, y ayudarlo a pensar qué lugar quería ocupar él en dichos conflictos, ya con un tiempo de tratamiento y la transferencia instalada.

### **Colorín colorado...**

"La constitución psíquica se da en una historia que excede al niño mismo, una historia signada por otros que a su vez están sobredeterminados, escindidos" (Janin, 2005, p. 21), y es por esto que desde un comienzo debemos incluir a los padres en el tratamiento del niño, no mirarlos desde la mirada de los niños, o como nosotros hemos mirado a nuestros propios padres, sino como sujetos del inconsciente, atravesados por una historia y sufrimientos propios, y en la medida que se sientan escuchados, contenidos y sostenidos por otro podrán ir armando un lugar, un espacio psíquico para su hijo diferenciado de ellos (Janin, 2005)

Así fue que luego de estas aperturas y movimientos en el vínculo entre Lucas y su mamá, la madre un día me pide que le recomiende un profesional ya que quería empezar su propia terapia, porque ella tenía cosas personales que revisar. Comprendí entonces, que no era necesario apresurarse con este tipo de indicaciones, era necesario no más que esperar, escuchar, acompañar y ayudar a comprender. Como refiere Mannoni (1965) en relación a la tarea del psicoanalista: "mediante su presencia va a ayudar a un sujeto a articular su demanda, a constituirse por la palabra en relación con su historia para

desentrañar al fin, a través de un largo camino, un mensaje al que se podrá dar un sentido" (p. 42). En Juan, la dificultad de trabajar con su padre, lo pesado de la conflictiva de la pareja y de la historia de la madre, que recaía muchas veces sobre el niño, hacían que, como en muchos tratamientos de niños, uno tenga que continuar ayudando a ese niño a encontrar un lugar propio, armar su propia trama, más allá de la subjetividad y los conflictos de sus padres. Esto se hace posible porque algún padre sostiene la transferencia con el analista, llevando al niño a las sesiones, entendiendo que desea un lugar diferente para él.

En la medida que podamos ir incluyendo las múltiples transferencias, que podamos trabajar en nuestro análisis las miradas de nuestros padres de la infancia, despegar nuestros sufrimientos de los de los consultantes; en la medida que podamos ir encontrando el "*timing*" para intervenir frente a cada situación transferencial que se presenta, y sostener la espera de los movimientos; así, el trabajo con niños y padres no se tratará de hechos casuales, milagrosos o mágicos, ni los finales de tratamiento serán felices comiendo perdices. Será un trabajo con fundamentos teóricos psicoanalíticos, con las posibilidades y limitaciones de la teoría, la técnica y las del analista.

Y colorín colorado, este escrito se ha terminado, sabiendo que la trama es compleja y queda mucho aún por ser narrado.

*Recibido: 13/06/2020*

*Aceptado: 24/05/2021*

## **Bibliografía**

Ortigues, E. y Ortigues, M. C.: (1984) *Cómo se decide una psicoterapia de niños*. Buenos Aires: Gedisa, 1986.

Dolto, F.: (1984) *Seminario de Psicoanálisis de niños 1*. México: Siglo XXI, 2014.

Janin, B.: (2005) Los padres, el niño y el analista. Encuentros y desencuentros. En *Cuestiones de Infancia*. Buenos Aires: UCES. Vol. (9), 15- 32.

Janin, B.: (2013) *Intervenciones en la clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires: Noveduc.

Mannoni, M.: (1967) *El niño, su "enfermedad" y los otros*. Buenos Aires: Nueva visión, 2007.

Mannoni, M.: (1965) *La primera entrevista con el psicoanalista*. Buenos Aires: Gedisa, 1975.

Sigal de Rosenberg, A. M. (Comp.): (1995). *El lugar de los padres en el psicoanálisis de niños*. Lugar Editorial.